

X. PREOCUPACIONES DE LA VIDA

Habla, ¡oh! felicidad. El mundo es demasiado triste sin tu acento. Ningún sendero es enteramente áspero. Busca los parajes amenos y luminosos y habla de ellos al fatigado oído de la tierra, tan herida por la continua violencia del mortal descontento, del pesar y la pena.- ELLA WHEELER WILCOX.

Al llegar a Nueva York, dijo una señora francesa:

-No parece sino que aquí pidiesen los hombres, desazones a manos llenas.

A lo que otra dama contestó:

-Los norteamericanos son la gente mejor alimentada, mejor vestida y mejor alojada del mundo; pero también son los más inquietos, pues estrechan contra su pecho todas las calamidades posibles.

Dice Emerson:

Me pregunto si la ansiedad y la duda escribieron alguna vez tan legiblemente sus nombres en el rostro de otro pueblo. La vejez empieza en la cuna.

¡Cuán rápidamente gastamos la vida los norteamericanos! ¡Con qué palpitante apresuramiento perseguimos las cosas! Cada quien con quien topamos parece como si fuese el último en llegar a una cita. La premura y la ansiedad están estampadas en las arrugas del semblante nacional.

La mayoría de norteamericanos toman demasiado gravemente la vida. No se solazan ni la mitad de lo que les conviniera. Los europeos miran a nuestro preocupado y grave pueblo como piezas de máquinas que se mueven a forzada velocidad y chirrían por falta de lubricante.

El hombre que vive en perfecta normalidad no debe poner esa cara de acosado y perseguido que muchos ponen, como si un policía o un indagador les pisara los talones. No debe estar hipocondríaco y ansioso a cada momento, ni ha de tomar las cosas tan por lo adusto que no

parezca sino que el universo entero esté pendiente del resultado de su labor.

Una vez a la semana las gentes devotas se congregan para alabar a Dios, que hizo las flores, pintó las mariposas y labró tantas maravillas.

No hace mucho tiempo, un joven clérigo predicó un sermón tan melancólico y grave, que todos los fieles quedaron con el corazón en un puño, pues nada les dijo que pudiera enaltecer y estimular su ánimo a más elevados esfuerzos, y así salieron de la iglesia con el desaliento en el semblante, cuando habían entrado resueltos a renovar sus fuerzas para hacer algo más meritorio que hasta entonces. El aspecto del clérigo no era el más a propósito para infundir confianza, pues ponía la cara hosca, y sus modales y actitudes eran tan deprimentes, que daba pena escucharle. Este joven clérigo no tenía curato titular, y aunque era irrepreensiblemente honrado y se esforzaba en sofocar los instintos humanos y educir su naturaleza espiritual, seguía para ello procedimientos anormales que entristecían su vida. La verdadera religión no tiene nada de tétrico ni pesimista, porque su verdadera esencia es el amor, la esperanza y el júbilo. Su fin es enaltecer, alentar y exaltar, nunca deprimir.

Bastante carga han de llevar de por sí las gentes para que se entenebrecan los entendimientos con sombrías y dolorosas representaciones.

El hombre necesita dilatar su fe en sí mismo y en Dios.

Dice Talmage sobre el caso:

Hay gentes que se figuran consolar al triste cuando lloran con él. No pongáis el alma del hombre en cenotafio, y cuando necesitéis entablillar alguna fractura moral no os sirváis para ello de chapas de hierro colado.

Un poco de esparcimiento no sólo mejorará nuestra salud, sino que acrecentará maravillosamente nuestras potencias.

El placentero recreo nos da mayores bríos, afirma nuestras determinaciones y modifica nuestro concepto de la vida. Parece como si un sutilísimo fluido de alegría y alborozo penetrara en todo nuestro ser

para bañar las facultades mentales, limpiar de escorias el cerebro y vigorizar los músculos. Todos hemos experimentado los transformadores, rejuvenecedores y estimulantes efectos del solaz honesto y placentero.

El hombre demasiado embebido en sus negocios o profesión, sin cuidarse de su salud ni de esparcir periódicamente el ánimo, se parece al operario que anduviese remiso en afilar las herramientas.

Solzaos diariamente después del trabajo. Este es el único medio de asegurar el esparcimiento. No pospongáis a nada vuestra felicidad.

Es un lastimoso engaño creer que podemos hacer mayor y mejor tarea en muchas horas de trabajo, distendiendo cuerpo y mente hasta su límite de elasticidad, que trabajando menos horas con menor fatiga, pero con mayor vigor e intensidad.

La copiosa eficiencia y la recia concentración mental son imposibles cuando el cerebro está rendido de fatiga y nos falta el necesario esparcimiento para devolverle su elasticidad.

Muchos hombres capaces de hacer buena labor la dejan mal hecha, porque la mayor parte del tiempo están en condiciones de abatimiento y cansancio.

Nos fue dada la vida para gozar de ella, no para gemir en la violenta lucha por amontonar dinero. La parte material y económica de la vida es tan sólo una añadidura de aquella otra más amplia en que la mente se dilata y el alma libremente se expansiona.

En el mismo trabajo cotidiano podría el hombre encontrar gozo si supiera eliminar de él la parte pesarosa. Muchos fracasan porque se vuelven huraños, reservados y fríos, de suerte que pierden toda simpatía, pues para ganar amigos y prosperar en el negocio es necesario tener el carácter jovial, placentero y amable. Del hombre demasiado serio se dice que tiene cara de pocos amigos, pues parece como si rechazara el trato de los demás. Estos hombres son bruscos y enjutos, porque no se toman el esparcimiento necesario para purificar los humores y dar conveniente lubricación a cuerpo y ánimo.

Muchas personas parece como si tuvieran suspendida de un hilo sobre su cabeza la famosa espada de Damocles, con amenaza constante

de herirles en medio de sus solaces y diversiones. Nunca disfrutan de nada sin algo de sinsabor, como si a todos sus festines los hubiesen de turbar sombras espectrales.

Divino don es el ánimo placentero que desprecia los reveses de fortuna y sonrío frente a la desgracia. El mismo hado se rinde a la influencia del hombre jovial. El que se mantiene alegre en la tribulación es más afortunado que si poseyera las riquezas del rey sabio. En manos de todos está tener la nobleza y magnanimidad necesarias para no apartar jamás el rostro de la luz.